

INSTITUTO DE CHILE  
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

*Estampas de una vocación,  
gratitud y compromiso*

Discurso de recepción del Académico

D. RENE SILVA ESPEJO

12 de noviembre de 1976

EDITORIAL UNIVERSITARIA

ESTAMPAS DE UNA VOCACION,  
GRATITUD Y COMPROMISO

Discurso de recepción del Académico D. RENE SILVA ESPEJO

INSTITUTO DE CHILE  
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Mis primeras palabras son para agradecer de corazón a René Silva Espejo, caballero de la prensa nacional, notable exponente de nuestro pensamiento y gran amigo, la honra que me regala al apadrinar mi ingreso a la Academia Chilena, la más alta dignidad a que puede aspirar un hombre de letras.

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

René Silva Espejo, para sus palabras que no necesita de elogios, pues su trayectoria periodística e intelectual durante una vida fecunda, se ratifica día a día, trayéndonos junto con la del amanecer su luz orientadora.

*Estampas de una vocación,  
gratitud y compromiso*

Por el honor que significa para mí el espaldarazo de tan eminente personalidad, le agradezco también su presencia en esta comunidad de chileno y usando la más cálida y expresiva lengua de la lengua castellana, gracias!

Discurso de recepción del Académico

D. RENE SILVA ESPEJO

12 de noviembre de 1976

La mayor muestra de respeto que puede ofrecer un escritor, cuando se le honra con la distinción de tan alta jerarquía como la Academia Chilena, es brindar a sus colegas la más honesta visión de sí mismo.

Ser escritor exige entereza, ansia de saber y un desvelo continuo de perfección.

Pero eso no es todo.

Ser escritor exige también libertad absoluta de creación. Que no haya nada ni nadie que se interponga en su mensaje. No se es escritor por decreto ni mandato y, en consecuencia, su arte no admite compromisos ajenos que contraríen la indispensable premisa de ser sincero. Por ello el escritor no puede cohibirse en amparos legales ni tener como fin recompensas materiales.

El escritor, es un hombre solo y en soledad hará frente a su debido quehacer; la única retribución que puede esperar a su sacrificio es la íntima satisfacción de ser auténtico.

¿Que exigida fuerza es para el escritor?

EDITORIAL UNIVERSITARIA

## ESTAMPAS DE UNA VOCACION, GRATITUD Y COMPROMISO

### Discurso de Incorporación de D. ENRIQUE CAMPOS MENÉNDEZ

Mis primeras palabras son para agradecer de corazón a René Silva Espejo, caballero de la prensa nacional, notable exponente de nuestro pensamiento y gran amigo, la honra que me regala al apadrinar mi ingreso a la Academia Chilena, la más alta dignidad a que puede aspirar un hombre de letras.

René Silva Espejo es de las pocas personas en Chile que no necesita de elogios, pues su trayectoria periodística e intelectual durante una vida fecunda, se ratifica día a día, trayéndonos junto con la del amanecer su luz orientadora.

Pero es necesario repetir que su agudeza literaria y el acierto con que dirige el más importante diario de Chile y quizás de nuestro idioma, se manifiestan en la virtud de informar cabalmente acerca de los cambiantes acontecimientos de cada día y, al mismo tiempo, brindarnos una opinión limpia, inteligente y constructiva, que se identifica con los más nobles intereses y más altos ideales de nuestra patria. Y este compromiso lo ha mantenido por encima de cualquier presión de orden material o político, llegando, en un momento aciago para la vida del país, a constituirse en la expresión y el ejemplo más genuinos de sereno coraje y altiva chilenidad.

Por el honor que significa para mí el espaldarazo de tan eminente personalidad, le digo a René Silva Espejo, con sobriedad de chileno y usando la más cálida y expresiva palabra de la lengua castellana: ¡gracias!

La mayor muestra de adhesión y gratitud que puede ofrecer un escritor, cuando se le invita a integrarse a institución de tan alta jerarquía como la Academia Chilena, es brindar a sus colegas la más honesta visión de sí mismo.

Ser escritor exige entereza, ansia de saber y un desvelo continuo de perfección.

Pero eso no es todo.

Ser escritor exige también libertad absoluta de creación. Que no haya nada ni nadie que se interponga en su mensaje. No se es escritor por decreto ni mandato y, en consecuencia, su arte no admite compromisos ajenos que contraríen la indispensable premisa de ser sincero. Por ello el escritor no puede cobijarse en amparos legales ni tener como fin recompensas materiales.

El escritor, es un hombre solo y en soledad hará frente a su debido quehacer; la única retribución que puede esperar a su sacrificio es la íntima satisfacción de ser auténtico.

¿Qué mágica fuerza es entonces la que mueve al escritor?

Esa que la Academia define como “la inspiración con que Dios llama a algún estado...”: ¡la vocación!

Sin esa voz interior —que llama y a veces clama—, el escritor se desalentaría ante los múltiples escollos que para expresarse con propiedad encuentra en sí y en su circunstancia.

Sin ese llamado, sin esa inclinación constante, renovada, premiosa, insaciable, ¡no existe el escritor!

Salvo rarísimas excepciones —que si bien se mira, tampoco lo son—, la vocación viene con la vida misma y se manifiesta en los primeros años. Pero una de las tareas más arduas del hombre es integrar la propia personalidad. La vocación necesita, como las plantas tiernas, un ambiente propicio para crecer y fructificar.

Apoiado en estas reflexiones me ha parecido pertinente, en la solemne ocasión de mi ingreso a la Academia Chilena, glosar algunas vivencias de mi lejana niñez, que por su especial carácter, son determinantes en mi destino de escritor.

Para cumplir con este propósito tengo que forzarme a hablar de mí mismo. Lo hago en el convencimiento sincero —que se desprende de estas evocaciones—, de que todo lo que soy lo debo y todo lo que no he llegado a ser, también lo debo. Declaro con humildad que mi orgullo es haber sido depositario de la generosidad de otros.

Es a ellos a quienes rindo homenaje.

#### ELEMENTOS Y MAGNITUDES

En la filiación de un individuo se comienza por precisar el día, mes, año y lugar donde nació.

La fecha nos coloca dentro de un período histórico: “los hombres somos todos de nuestro tiempo...”

El lugar geográfico tiene mucha significación porque el lapso que nos toca vivir está intervenido por el medio físico y cultural en que nacimos y nos criamos. Este factor influye en la personalidad de acuerdo a la vinculación que ésta tenga con su ambiente. Pero existen casos en que el hombre no se relaciona con el medio de una manera fácil y amable, sino que es el medio el que irrumpe en su vida y supedita su existencia.

En Magallanes, donde nací, la naturaleza tiene características agresivas: una grandiosidad que escapa a la medida humana; una geografía acumulada en magnos elementos: pampa, bosque, canal, montaña, ventisquero, río, mar... y la presencia inclemente, variable y poderosa del clima; con fríos penetrantes, lluvias inesperadas, brumas espesas, copiosas nevadas; claridades y oscuridades que alargan o acortan desmesuradamente los días... ¡y el viento! El viento es quizá de todos los elementos

magallánicos el que condiciona más la relación del hombre con la naturaleza. De tal suerte que salir a la intemperie es siempre una aventura.

La soledad hace aún más hostiles esas desaforadas magnitudes.

La capital de ese mundo extremo está en la línea demarcatoria de dos grandiosas presencias. Hacia un lado el Atlántico impone su clima; hacia el otro, lo manda el Pacífico. Ambos océanos tienen su sello, su carácter: uno es el padre del viento, el otro lo es de la lluvia. Hacia el oriente la extensión desértica, esteparia; hacia el poniente, la boscosa y turbal. Mas este confín planetario que se disputan ambos colosos está sumido en la misma soledad.

El hombre se ha defendido de esta infinitud enlazando rumbos por la mar, abriendo sendas en los bosques y achicando la pampa mediante un tejido de alambre que reduce sus límites a la posibilidad de dominar sus extensiones desde el lomo de un caballo.

Contra el viento, contra el frío, la distancia y la soledad, el magallánico marcha envuelto en su poncho de silencio: tenacidad, esfuerzo, fe en sí mismo, lo convierten en el rey de los confines y en dueño de su destino.

#### LA CAPITAL DEL RECUERDO

A orillas del Estrecho, que junta los dos grandes océanos, en medio de esta desolada geografía, se deja caer blancamente desde los cerros de la península de Brunswick, el polícromo damero de la capital de la soledad, el límite de los climas; confín donde España sembró su primera palabra, donde la Fe levantó su última Cruz y donde la Patria extendió para siempre la majestad de su bandera: la ciudad más austral del mundo, "la Perla del Estrecho", Punta Arenas.

En los dos años de mis primeros recuerdos, sus calles eran anchas y empedradas, altos postes enhebraban el pentagrama de los alambres de la luz y del teléfono en los que el arco del viento ensayaba sus violines; sus coloridas y pulcras casas de madera con techos rojos, anidaban en torno al fogón a la familia magallánica, cuya presencia vital se rubricaba en el cielo con el despeinado penacho de los humos hogareños.

Punta Arenas tenía veinte mil almas; empaques de ciudad grande; con iglesias, teatros, avenidas, palacios y monumentos; muelles laboriosos alargados en las furias del Estrecho; un tren carbonero que entre vapores y campanas avanzaba a paso de hombre por la Avenida Colón; vitrinas comerciales que eran un muestrario abigarrado de los productos del mundo; jardines con tentativas de árboles defendidos por cortavientos; y aquel kiosco de vitrales en la plaza Muñoz Gamero, donde el vendaval amaestrado por la banda de la milicia salía disfrazado de música...

## LA TORRE DEL ABUELO

Mi inquietud de niño me impulsaba a trepar a las torres de mi pueblo. La primera cuyo altor recuerdo es la de mi casa. Hasta allí era costumbre que subiera la solemne personalidad del abuelo, para comprobar con ojo certero la llegada de alguno de los barcos que anunciaban en el horizonte la lana de San Gregorio, las maderas del Almirantazgo, los corderos de Tierra del Fuego, los cueros de lobos del Beagle o las mercaderías de Valparaíso, Montevideo y Liverpool.

Eran simbólicas estas subidas de don José Menéndez a la torre. En ese mismo pueblo, allá por el año 1877, apenas instalado en una modesta vivienda de madera, adjunto a la cual tenía su almacén de ramos generales, su casa fue devastada en su ausencia por las hordas del Motín de los Artilleros. Su mujer, mi abuela María, herida de un balazo se refugió en el bosque y el doctor Fenton tuvo que amputarle una pierna.

Sobre las ruinas el abuelo reedificó con mayor fe y más tarde mandó traer un cargamento de ladrillos desde Montevideo para erigir esa mansión sobre la cual aún se yergue el alto mirador. Desde allí, y desde la altura de su pasada setentena, veía imaginativamente cómo los horizontes de Magallanes, Tierra del Fuego y la Patagonia se poblaban gracias al esfuerzo de cuarenta años de apasionada labor, en los que lograra junto con otros visionarios pioneros el milagro de transformar esas silvestres latitudes en una avanzada de progreso.

Con el tiempo estas ascensiones fueron haciéndose cada vez más fatigosas para el esforzado corazón de don José. Reemplazando su impaciencia, el pequeño nieto, a la menor vibración de la atmósfera que pudiera ser pito, sirena o campana, subía los setenta y siete peldaños de la torre.

En aquel entonces el Estrecho de Magallanes era surcado por barcos de todas las banderas. La Bahía, hoy casi desierta, estaba poblada de grandes vapores de pasajeros y de carga, y de "caponeros" que venían en busca de la carne de los frigoríficos; de pontones que hacían de almacenes flotantes, de remolcadores, goletas, cúteres, lanchones cargueros... No era fácil distinguir sin una mirada experta, a cada una de las embarcaciones.

La gracia del nieto era saber anticipar con precisión el nombre y el rumbo de cada humo que surgía en el horizonte. Así recibí de la mano generosa del abuelo mi primer peso fuerte de ocho peniques y setenta y siete escalones.

## SOLIDARIDAD

A veces la llamada tenía acento de angustia. No venía del mar... sino que

nacía en otra torre de estructura armada como un mecano. Era una estridencia repetida, que ululaba un lamento. Desde la calle Roca brotaba entonces con sus rojos casacones la Primera, decana de Punta Arenas, donde alineaban los viejos fundadores. La Segunda desde la avenida Colón y en la cual vestían uniformes tricolores los chilotes más conspicuos bajo el orgulloso nombre de "Bomba Chile"; los disciplinados alemanes de la Tercera con sus cascos prusianos y sus escalas telescópicas; los vociferantes yugoslavos de la Cuarta empuñando sus demoledoras hachas; los empenachados franceses de la Quinta que parecían ir a una fiesta... A esta tumultuosa aglomeración se sumaba la corriente de los camilleros de la Cruz Roja, la multitud de los curiosos y... por fin, la presencia de los "pacos" azules que, entre voces y pitazos, trataban en vano de imponer orden.

Allá íbamos los niños alentados por la sirena, el susto y la curiosidad. En los días de viento —es decir, todos los días—, la labor de los bomberos era tratar de aislar el foco a fin de que no se propagara a toda la manzana. De pronto esa turbamulta se iluminaba con las llamas de la tragedia y entonces aparecía con su real valor el coraje de esos voluntarios, bomberos y cruzados, que sacrificaban su sosiego por un acto de humanidad que daba sentido, más allá de lo pintoresco, a los relumbrones de sus medallas y uniformes.

¡Cuántas vidas y cuántos bienes han salvado los bomberos de mis recuerdos puntarenenses! ¡Y cuántos también esa Cruz Roja —la primera de Chile—, fundada por Vittorio Cucuini, el sastre de los elegantes de la ciudad, que habría de morir en una noche de temporal sirviendo en el pescante de la ambulancia...!

#### CREER Y SABER

Limitado por otras dos torres estaba el Colegio "San José". Una, la de la Iglesia, cerrada, esbelta como una aguja, desde cuyo cuádruple reloj iluminado brotaban las campanas de las horas y las medias, caía un doblar apesadumbrado o se desbordaba por el aire el alegre repique de los domingos.

La otra torre, cuadrada y abierta, recibía como un embudo las lluvias, las nieves y vientos de las tormentas, los fríos y soles de las noches y los días. Sus medidas bajaban como por un alambique, para destilarse en la pluma del padre Re, quien con santa paciencia y prolija caligrafía, registraba la caprichosa conducta del clima más endiablado del orbe y arriesgaba el oráculo por el cual habrían de guiarse navegantes y hortelanos.

Al bajar del Observatorio se pasaba frente a una puerta que escondía el prodigio. Sólo la podíamos franquear en el caso de tener buenas notas. ¿Qué guardaba allí la celosa vigilancia de don Benove? ¡Un mundo encantado! Un jardín zoológico inmóvil, donde cóndores, caranchos, alcatraces y cormoranes planeaban un vuelo estático. Donde los esquivos ñandúes y guanacos se dejaban dócilmente acariciar; donde focas de piel fina, rosados flamencos, cisnes de cuello negro y elegantes pingüinos hacían vida de salón... En vitrinas se ofrecía un fondo de mar que, entre líquenes y algas, lucía constelaciones de estrellas, erizos y caracolas... y, en otras, se tendía un minúsculo aeródromo de posadas formaciones de abejorros, libélulas y mariposas.

Sin embargo, en todo ese mundo alucinante que la sabia paciencia de los salesianos había atrapado en el inmenso territorio, lo que me hacía mayor impresión eran dos maniqués que representaban a una pareja de onas cubiertos con sus quillangos.

¡Cosa curiosa! Los niños parecíamos dejar en la puerta todo nuestro ánimo de travesuras... Jugar no es otra cosa que vivir una fantasía y allí en ese museo, se nos ofrecía embalsamada...

Pero, ¿esos indios?...

De todas estas impresiones quedaron en mi espíritu, reafirmando los primeros valores recibidos en mi hogar, una profunda fe y una inquietud de saber.

#### EL ÁNGEL Y EL VIENTO

El recuerdo me viene de mi extrema infancia.

Por aquel entonces visitaba asiduamente nuestra casa una singular mujer que orientaba en sus clases a mi hermana María. En su figura había algo que me producía admiración.

Parecía altísima, enfundada en una larga saya oscura, con la gravedad de esos santos que entre nimbos se elevan en los altares. Su pelo era negro y en su rostro cobrizo se abrían unos ojos llenos de luz interior. Andaba muy derecha y su voz templada decía unas palabras que me sonaban a música...

Un día vino a despedirse: se iba de Punta Arenas.

Me atreví a mirarla a lo alto mientras mi madre auguraba:

—“Te sentirás orgulloso de haberla conocido”.

Y esa imagen que parecía cortada en madera, lentamente se agachó, estiró sus largas manos y me acarició el rostro ardiente...

Pasaron los años y en muchas ocasiones tuve la suerte de encontrarme, en diversas partes del mundo, con esa mujer “con nombre de ángel y

apellido de viento". Me llamaba Menéndez, para recordar a mi madre y aquella "desolación" desde la cual se enlazó para siempre con la fama.

Y aún siento un escalofrío en el espíritu cuando evoco a Gabriela Mistral a través de esos versos que escribiese en mi tierra en la época de mis recuerdos: "Mientras baja la nieve"...

"Déjala que en la frente te diluya su pluma  
y te prenda su flor  
¡Quién sabe si no trae un mensaje a los hombres  
de parte del Señor!"

#### ASÍ APRENDÍ A REZAR

No hay duda que una de las vertientes de mis sentimientos que más influyera en mi formación, fue mi madre.

Un escritor español, en el libro llamado "Chile a la Vista", escribió un bello artículo sobre ella, que llamó "María Menéndez tiene un jardín". Es verdad que mi madre realizó el prodigio de bordar con flores el paño de una finca en la ladera del Estrecho. Mas la intención de Eduardo Blanco-Amor, al titular su homenaje, fue la de iluminar su silueta con la belleza alegre de un vergel.

Tía María, como aún a sus noventa y siete venerados años la conocen en mi pueblo, fue siempre la gracia hecha mujer.

En medio de esas durezas y soledades, en la lucha contra el desamparo, hubo muchos que se educaron, hicieron fortuna, se superaron; pero, también hubo algunos que no pudieron contra tan duros adversarios y quedaron expuestos a la intemperie de la pobreza, el raquitismo, la ignorancia; y María Menéndez desgajaba el jardín de su alma para prodigar sus afanes en "La Gota de Leche", o en el Asilo de Miraflores, o como voluntaria de la Cruz Roja o enseñando a leer a los niños. Así iba y venía incesantemente, entraba y salía, pasando de uno a otro quehacer. Ella me enseñó con su vivo ejemplo que cada instante está lleno de tiempo para hacer el bien y que el amor es lo único que se debe derrochar.

Una mujer de su sensibilidad, que ama a sus semejantes, que se confunde con las flores y que cree en las bondades de Dios, tenía que ser poetisa... Así me enseñó a rezar:

"Oye, Señor, y perdona mi osadía  
si hasta Ti quiere llegar mi pobre acento,  
no tiene arte, inspiración ni melodía,  
nace sólo de la Fe, del amor y el sentimiento..."

...La pobre ofrenda de mi lámpara encendida  
toda la noche muda tu favor invoca;  
pido por tanto, Señor, que hasta dormida  
un murmullo de oración tiemble en mi boca''.

#### EL CAPITÁN Y EL RECLUTA

En los veranos nuestros padres, empeñados en encauzar en un sentido positivo las barrabazadas de hermanos, primos y amigos, nos enviaban al campo, a una villa arbolada, a 35 km. al norte de Punta Arenas, llamada San Francisco.

Allí aprendimos a soportar los rigores de la naturaleza.

Salíamos hacia la pampa extendida hasta el infinito de hirsutos coironales, nos metíamos en los bosques de coigüe alegrados por el verde vocerío de las caturras o nos aventurábamos a las playas pedregosas de Cabo Negro para mariscar en las bajas mareas.

Eramos quince o veinte muchachos a los que, para hacer posible nuestro manejo, se había disciplinado militarmente. El bizarro comandante de la pandilla era Armando Braun Menéndez que por aquel entonces lucía, con la misma gallardía con que hoy luce la pluma y sus palmas de académico, la espada y sus presillas de teniente de Ejército.

En el orden jerárquico, como yo era el menor, en mí venía a terminar la escala de mandos sufriendo sin compensación la inexorable ley del gallinero...

Armando Braun organizó en San Francisco unas olimpiadas juveniles que llegaron a ser famosas y se repitieron por varios años con participación de alumnos de los colegios y liceos de Punta Arenas. Esos atletas me parecían verdaderos seres mitológicos. En mi fantasía soñaba con imposibles emulaciones, que la realidad de mis cinco años convertía en compungido desencanto. Mi padre, advertido de mi penuria, decidió compensar mis limitaciones haciéndome un gran regalo: un mampato chilote que, además de ser blanco, se llamaba "Napoleón".

Tal vez nunca habría pasado de unos tímidos paseos al tranco... pero, providencialmente me surgió un aliado; alguien que, pese a la diferencia de edad, me trataba como un verdadero amigo: "on Mansilla"; el campañista que cuidaba la caballada y de quien se decía que en sus años mozos había sido el mejor amansador de la Patagonia. Cuando apenas andaba por mis pies, ya galopaba sobre "Napoleón", como un centauro.

Pacientemente me enseñó a hacer sobre el lomo de mi petizo, lanzado a la carrera, toda clase de acrobacias.

Un día llegó la oportunidad.

En ocasión del cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes arribó hasta nuestra remota ciudad la más brillante comitiva de personalidades. Fue huésped de la casa de mis padres Su Alteza Real el Infante don Fernando de Baviera y Borbón que traía la personal representación del Rey de España. La sociedad de Punta Arenas derrochó su cordialidad en grandes y solemnes festejos. Entre estos agasajos, el Infante y su séquito participaron en un almuerzo campestre en la villa San Francisco.

Nuestro entusiasta y estricto mentor Armando Braun, había sido distinguido con el nombramiento de edecán de don Fernando, lo que agregaba a su casaca de teniente nuevos y rutilantes entorchados.

"On Mansilla", con una expresión pícara en un rincón de la mirada, me dijo que estuviese listo para mostrar mis habilidades. "Napoleón" brillaba más que caballo de estatua.

A una seña monté y a galope tendido pasé frente a la importante concurrencia haciendo piruetas y volteos.

Cuando terminé una sonrisa desbordaba el curtido rostro del chilote...

A poco un emisario me acompañaba a presentarme ante el Príncipe.

Así, a los cinco años, recibí mi primer galardón. Este, más que la cariñosa felicitación de don Fernando de Baviera, fue un casi imperceptible pero para mí manifiesto gesto de complacencia del hierático Edecán.

Con ello, Armando Braun, mi adusto jefe, ponía una simbólica jineta sobre el más bisoño de los reclutas del veraniego batallón de San Francisco.

#### JUEGOS Y LECCIONES

En los recreos del Colegio "San José" no había niños inactivos. En el amplio patio enmarcado por las salas de clases y la muralla del Teatro Fagnano, con sol, con lluvia o con viento, nuestros maestros arremangaban las sotanas y nos animaban a organizar movidos juegos. Para los que se quedaban quietos eran los súbitos enfriamientos con sus traicioneras secuelas y la desesperante comezón de esos sabañones que hinchaban la piel.

Cuando sonaba la campana se apagaba el vocerío y en silencio formábamos la fila para entrar a clase. Cada aula era como un nido. Las ventanas cerradas y una enrojecida estufa a leña y carbón nos mantenía el calor ganado por el ejercicio en el recreo.

Los profesores atendían el calentador con la misma solicitud con que modelaban nuestra conducta, nos dictaban sus clases o corregían nuestras tareas.

Tengo muy hondas razones para evocar con cariño a ese Colegio y a esos pacientes sacerdotes salesianos que me enseñaron mis primeras letras.

Sin embargo, es a un chileno moreno y cazarro, una especie de huaso con sotana, el padre Juan Bautista Torres, a quien más debo y recuerdo. Fue él quien me enseñó las bases, estructuras y normas de nuestra lengua y me inculcó el afán de perfección en el ejercicio del castellano.

Para el padre Torres la ortografía era importante para demostrar instrucción y cultura, pero, además, había que dominarla porque era la clave de algo fundamental: el origen y significado de cada palabra. También nos enseñó el uso correcto de las conjugaciones verbales, la majestad del sustantivo, las asechanzas del adjetivo y las reglas y secretos de la sintaxis. Él se daba maña para transformar esas lecciones áridas y cansadoras en un juego al que los alumnos nos entregábamos con deleite. Así pasamos de las primeras pruebas del dictado a las composiciones libres y, por último, ya nos atrevíamos con algunos alardes literarios y poéticos.

Al igual que yo, la mayoría de los escritores magallánicos deben al padre Juan Bautista Torres la base de su estilo y el primer y definitivo estímulo a su vocación.

#### LA GENERACIÓN DEL "SAN JOSÉ"

Por esos años paseaban sus inquietudes y sus indóciles fantasías en los diversos cursos del colegio, algunos muchachos que con el andar del tiempo han logrado destacarse más allá de los límites de la literatura regional, alcanzando palmas académicas, premios nacionales y municipales y el aplauso de la crítica chilena y extranjera.

Entre ellos recuerdo a Francisco Coloane, a Esteban Yaksic, Wilfredo Mayorga, Roque Esteban Scarpa, José Grimaldi... En mi propio curso a Simón Stancic, a Ismael Huerta Díaz, a los hermanos Mihovilovic... y a tantos otros que alcanzaron altos cargos o se distinguieron en nobles profesiones... La mayoría prosperó en la vida. Otros sólo viven en el recuerdo.

Lo notable es que en este Colegio surgió una generación de escritores de gran trascendencia.

Siguiendo esta estela años más tarde aparecen cultores del idioma, como Ernesto Livacic, Mateo Martinic y los hermanos Wegmann.

Se da en Magallanes la paradoja positiva de que la Congregación Salesiana —que por mandato de su fundador dedicara sus esfuerzos docentes a las artes y oficios manuales—, gracias al sobrante de abnega-

ción y generosidad de esos maestros, llegó a formar una riqueza intelectual de indiscutible importancia para las letras chilenas.

#### DON FRANCISCO

Mis reminiscencias me han acercado a una de las figuras claves de mi existencia de hombre y de mi vocación de escritor: mi padre.

Don Francisco, como todo Punta Arenas lo llamaba, no tenía necesidad de exhibir ejecutorias para demostrar quien era. Recto y afable; exigente para consigo y comprensivo para los demás; ordenado y generoso a la vez, disimulaba su talento con fino humor y su importancia con una elegante simplicidad.

Por la sangre y el espíritu de mi padre corría el flujo radiante de Andalucía. Muchas veces en la confidencia, frente al telúrico y helado paisaje magallánico, su palabra crepitaba con imágenes de su lejano hogar malagueño. Ante mi asombro de niño, me hablaba de su padre, el Marqués de Iznate, en cuyos salones se reunían inspirados poetas y pintores; políticos famosos e ilustres prelados; de aquellas fiestas del espíritu en selectos ateneos y aquellas alegrías populares desbordadas en el donaire de las verbenas.

Así conocí realzada con pátina de tradición, la historia viva de la España vieja. De sus labios aprendí a admirar los milagros de luz y sombra, que decoran con su dramática belleza plástica el alma de España. Allí en el salón de la casa solariega de Punta Arenas, como testimonio de estas evocaciones, había tallas y lienzos de artistas ibéricos. Ese cuadro, por ejemplo, de unos ánades al borde de una alberca —me contaba mi padre—, se debía a la mano de Ruiz Blasco, el Director de Bellas Artes de Málaga... Pero esa obra, —traída por él al confín del mundo—, por un sortilegio del destino, escondía entre sus trazos el contrabando del genio.

Al pintar Ruiz Blasco esa tela había dejado como una humorada que su pequeño hijo ensayara la mano con algunas pinceladas de su precoz vocación... Ese niño era Pablo Picasso.

Fue mi padre quien me enseñó a leer en buen castellano. De sus manos recibí mis primeros libros, en los que se alternaban con matizado deleite, las aventuras de Salgari, con las del Lazarillo de Tormes, o las futurologías de Julio Verne con las antañonas proezas del Mio Cid.

Un día puso ante mí un enorme volumen de orladas tapas de cuero: El Quijote. Mis ojos se encantaron con las fantasmagóricas ilustraciones de Gustavo Doré. Debo confesar que la admiración que ahora siento por Cervantes, primero la sentí por aquel famoso ilustrador que me mostró los caminos de La Mancha, animados por la visión quimérica de Alonso Quijano.

Durante toda mi vida fue don Francisco quien más me animó en mi vocación. En los primeros años, guiándome en mis lecturas y ayudándome en mis estudios; más tarde, poniéndome en relación estrecha, gracias a su íntima amistad, con escritores de renombre. Así pude dialogar con aquel novelista que escribiese sus primeras páginas en Tierra del Fuego, Bartolomé Soler; con Ramiro de Maeztu, el austero creador de *La Hispanidad*; con don Ramón Pérez de Ayala, el cáustico buril de la generación del 98; con Ricardo Baeza, fiel traductor de Oscar Wilde y Bernard Shaw.

Mi padre fue también quien me enseñó a amar a España y a Chile; quien me hizo sentirme orgulloso de la nobleza de la vieja estirpe y al mismo tiempo de ser igual a todos en una Patria nueva que se ennoblece gracias a la igualdad de todos.

#### GRATITUD Y COMPROMISO

Estimados colegas:

He traído hasta aquí vivencias de mi tierra; de mi pueblo, de mi colegio, de mi casa; de mis maestros y mentores; de mis amigos, de mi familia, de mis padres. Y me he detenido en la evocación de esas estampas porque en cada una de ellas alienta la presencia de un espíritu tutelar que amparó mi destino de escritor.

Todos esos elementos y magnitudes; esas memorias y enseñanzas; esos afectos, esas creencias, han sido el poderoso y cordial influjo que animó mi incipiente vocación.

Mi primera manifestación literaria —aparte de los ejercicios exigidos por la enseñanza humanística— revistió la forma epistolar. Poco después del bachillerato, uno de mis tíos me invitó a acompañarlo en un viaje alrededor del mundo. Fascinado por el misterio y la profunda espiritualidad de culturas exóticas, desde cada puerto de la larga travesía, escribí a mis padres contándoles de mis asombros. Emocionada sorpresa tuve cuando, a mi regreso a Punta Arenas, mi padre me entregó una colección de artículos publicados en un semanario local en los que aparecían en letra de molde mis impresiones de joven y maravillado viajero.

Tiempo después, en 1938, fui designado Adicto Civil y luego Tercer Secretario de nuestra Embajada en Buenos Aires, donde tuve la suerte de contar con dos jefes que con tanta paciencia como sabiduría, mucho contribuyeron a mi formación: el Embajador Conrado Ríos Gallardo y el en aquel entonces Consejero de la Embajada, Alberto Sepúlveda Contreras, verdaderos maestros de nuestra diplomacia, hacia quienes guardo la más profunda admiración y estima.

Por entonces escribí —quizás movido por la evocación de aquellos maniqués de indios onas que tanto inquietaran mi emoción de niño en el

museo salesiano— una serie de cuentos que formaron mi primer libro —“Kupen”— el cual salió a la luz en Buenos Aires, en marzo de 1940. Esta experiencia me impulsó a vincularme a la industria editorial. Fundé una imprenta, y edité una revista literaria que tuvo la virtud de relacionarme con los medios intelectuales. Más adelante, alentado por mi primo, amigo y colega Armando Braun Menéndez, empecé a colaborar activamente en EMECE que, con el andar del tiempo, se transformó en una de las más importantes editoras de nuestro idioma.

Allí tuve la suerte de alternar con escritores argentinos, chilenos, españoles... Entre éstos últimos quiero hacer un recuerdo muy especial de Eduardo Blanco-Amor, poeta, novelista, ensayista y orador, maestro del idioma, quien con generosidad, durante años, me enriqueció con su saber y estimuló con su consejo.

A pesar de esta situación de privilegio que me impulsaba a escribir y publicar, una profunda inquietud comenzaba a dominarme. Pese a que a través de mi cargo en la Embajada mantenía una permanente vinculación con Chile, empezó a manifestarse en mí una nostálgica hambre de patria.

Puedo decir con orgullo que, además de lo que afirma mi partida de nacimiento, soy un chileno vocacional. En 1948 me vine a Santiago con cama y petacas. Y comencé una vida nueva en mi propio país.

La reminiscencia de mis orígenes, su perspectiva a lo largo de los años; la precisa definición de la tarea hacia la cual he orientado mi existencia, me autorizan a declarar que soy un escritor comprometido; integralmente comprometido conmigo mismo, con mi tiempo, con mi tierra y con su gente; y, en consecuencia, con mi patria, con su ámbito y su destino.

En esta hora, para mí inolvidable, gracias a vuestra expresa voluntad me integro al círculo más selecto y honroso a que puede aspirar un escritor en este país: la Academia Chilena. Y, consecuente con la trayectoria de mi vida literaria, en esta hora mi compromiso no sólo se confirma sino que se hace perentorio. Chile tiene que estar presente en todas las manifestaciones culturales de la vida universal; por tanto, sus hombres de pensamiento tenemos una misión insoslayable y preponderante.

Llego a la Academia Chilena absolutamente libre de secretos y con una impaga deuda de gratitud.

Si por ayer, en esta solemne ocasión, he dicho gracias a todo aquello que me ayudó en mi vocación de escritor; ahora adelanto también mi gratitud para mis colegas de la Academia al elegirme para compartir la alta misión de velar por la pureza y majestad de nuestro idioma.

Idioma con que se escribió la poética partida bautismal que consagró a Chile como una empresa del espíritu que forjó en el crisol de una epopeya, su libertad y su fe. Idioma que será el vehículo de esa pureza y majestad en

los sentimientos, ideas y acciones que son los elementos esenciales con los cuales hemos de construir un Chile noble y grande.

Nuestra lengua española hunde sus raíces en los más ricos veneros de la historia hispana y alza sus ramas en la grandiosa dimensión de América para florecer y fructificar en veinte naciones que por el milagro del verbo son una sola Patria.

En la constelación de los pueblos hispano-americanos, Chile ha de alumbrar con la independiente luz de su estrella un rumbo señero para que la lengua común encarne, como ninguna otra, la pureza y majestad del hombre.

DISCURSO DE RECEPCIÓN DE D. RENÉ SILVA ESPEJO  
con motivo de recibir a D. ENRIQUE CAMPOS MENÉNDEZ  
como Miembro de Número

La Academia Chilena de la Lengua me ha confiado el honroso encargo de recibir hoy a don Enrique Campos Menéndez, Miembro Correspondiente de la Institución, desde hace dos años, incorporado por resolución de la Real Academia que autorizó a nuestra Corporación para ampliar el número de sillones a fin de contar con suficientes colaboradores para el desarrollo normal de sus trabajos.

Durante el tiempo que le ha tocado acompañarnos, antes de su incorporación, Enrique Campos Menéndez ha dado pruebas más que suficientes de la seriedad de sus propósitos académicos y ha demostrado que su postulación constituyó un acierto.

Constantemente se ha unido al trabajo de las comisiones y es preciso mencionar que ha sido un gran colaborador de la Mesa Directiva en las tareas preparatorias del Congreso de Academias próximo a inaugurarse. Nuestro futuro colega es un escritor muy vinculado a los círculos del Instituto Hispánico y a los escritores y académicos españoles, de modo que su actuación ha sido muy provechosa para el trabajo del VII Congreso de Academias. Además su posición como Asesor de Asuntos Culturales del Gobierno le ha dado ocasión de cooperar en todos los asuntos que debían ventilarse en la esfera superior del Poder Ejecutivo.

Corresponde señalar que la elección de Campos Menéndez para integrar la Academia Chilena de la Lengua constituye una merecida distinción a uno de los escritores que más ha cultivado los temas de la Hispanidad al abordar en sus libros a grandes figuras del historial americano. Baste anotar sus tres obras biográficas que analizan las gestas heroicas de las Américas, describiendo la vida y hazañas de O'Higgins y Bolívar y trazando la estampa de Abraham Lincoln uno de los ideólogos más notables de la democracia y sus principios esenciales.

Las repetidas ediciones de estas obras históricas consagran éxitos literarios en los últimos años. La crítica y el público las han señalado con altas calificaciones. El libro "Se Llamaba Bolívar" fue calificado por el escritor Manuel Gálvez como la mejor biografía del gran impulsor de la emancipación americana. El ensayo sobre "Bernardo O'Higgins" se distingue por aportes muy valiosos y originales sobre la personalidad del forjador de nuestra independencia. Finalmente don Ramón Pérez de Ayala, con su gran autoridad, calificó como "la mejor biografía del prócer norteamericano", la obra sobre Abraham Lincoln, de la cual se prepara una nueva edición en homenaje al Bicentenario de los Estados Unidos.

La contribución literaria a que nos hemos referido sería suficiente para consagrar la calidad del escritor que la Academia Chilena de la Lengua incorpora hoy a sus filas; pero son múltiples las creaciones que lo han destacado en otros géneros. Novelas como "Lautaro Cortés", "Todo y Nada" y "Sólo el Viento" han alcanzado una amplia acogida en la crítica nacional y extranjera. Según Hernán Díaz Arrieta, el último de los libros nombrados fue el mejor de la producción literaria chilena en el año 1964. Sus cuentos han sido traducidos al inglés, al portugués y al sueco, pero esta acogida universal de su producción no lo desprendió de las raíces del territorio magallánico en que nació y desarrolló gran parte de su existencia.

En el discurso de agradecimiento que acabamos de escuchar resalta su amor al legendario suelo donde sus padres actuaron como pioneros y el desarrollo de su personalidad de escritor en fuerte contraste con cielos y mares inhóspitos, y con la vida de navegantes y cultivadores del suelo que le inspiraron leyendas bajo el hombre de "Kupen", libro lleno de ternura y comprensión hacia su tierra natal y los aborígenes fueguinos.

Llevando la sangre española de sus padres ha vivido traspasado por el afecto hacia Chile. Por línea materna los Menéndez Behety han tenido inclinación ancestral hacia las letras y ello no sólo se traduce en la importante obra de Campos Menéndez, sino también en la de su primo hermano Armando Braun Menéndez, autor de numerosas obras históricas que exaltan los años remotos de Magallanes y sus fundadores en el período de incorporación del territorio a la soberanía chilena. Este escritor, a quien contamos hoy día entre nosotros, representando a círculos literarios y académicos del país vecino, ha dado una gran contribución para vincular y fortalecer los lazos culturales de Chile y Argentina.

Merecen una consideración aparte las contribuciones de Enrique Campos Menéndez a la cinematografía chilena. Entre ellas el film "Largo Viaje", premiado en un certamen internacional y la producción "La Araucana" que muchos consideran el esfuerzo más destacado de la cinematografía nacional.

No se satisfizo este laborioso escritor con lo realizado con tan notables trabajos, sino que llevado por su incansable entusiasmo se prodigó en tareas de radio y televisión para las que fueron un apoyo insustituible sus brillantes dotes oratorias y su capacidad de elocuente improvisador.

De estos últimos afanes derivó a temas de interés nacional, demostrando en la prensa y en el micrófono su espíritu batallador y desprendido y una singular disposición para escribir en tono sencillo y asequible para los lectores de diarios y revistas en los cuales entregó su caudalosa colaboración.

A sus aptitudes periodísticas agregó la selección de los temas y el cuidado de la forma.

Su prestigio como hombre de prensa traspuso la frontera y mereció el premio que anualmente concede el diario "La Prensa" de Buenos Aires al periodista que más haya contribuido al mejoramiento de las relaciones internacionales americanas y a la libertad de los pueblos.

El galardón "Alberdi-Sarmiento", que así se llama, fue discernido en 1960 a Ernesto Montenegro y posteriormente recayó en el Director de "El Mercurio" de Santiago; luego lo recibieron Enrique Campos Menéndez y Eugenio Pereira Salas. Refiriéndonos al distinguido académico, que ungi-mos hoy, el miembro de la Corporación argentina Osvaldo Loudet expresa: "Sus cuentos los ha vivido más que imaginado. Es un paisajista y un psicólogo, un dibujante y un pintor. Conoce las tierras del sur como sus propias manos. Por eso puede decir en el prólogo de uno de sus libros: "Por sus montes y lagos pasé los mejores días de mi niñez, por la inmensidad de su llanura hice mis primeras correrías de juventud, en la neblina de sus lagos envolví mis ensueños iniciales, en la cordial convivencia de sus gentes balbucí mis primeras palabras y eché a volar, aún indeciso, mis propias esperanzas recién nacidas". En sus andanzas por el mundo lleva con él los misterios de su tierra: la dulzura de su cielo, el manto de sus llanuras, la tempestad de sus montañas, el oro de sus arenas, el ritmo alterno de sus aguas, todo eso se encuentra en sus primeros libros literarios". Y agrega el escritor Loudet: "Puede decir en verdad que si en un libro cualquiera hay siempre un pedazo del alma del autor en sus cuentos fueguinos están los mejores pedazos de su alma. En su primoroso libro "Kupen" resucita la vida del pueblo de los "onas" ya desaparecidos. Son cuentos cálidos y fríos, de fuego y hielo. En el libro "Sólo el Viento", recuerda que los hombres de la expedición de Magallanes la llamaron Tierra del Fuego por las fogatas que sus habitantes encendían en sus costas. ¿Queda sólo el viento? No. Quedan las luces que el autor ha encendido en las páginas de estos libros conmovedores".

Pocas veces un escritor extranjero como Osvaldo Loudet ha podido calar tan hondo en la obra de Enrique Campos. Bien vale repetir sus inspirados conceptos en esta ocasión.

"Su prosa es musical y dulce, fácil y armoniosa. La realidad y la fantasía se mezclan en sus héroes en tal forma que no sabemos cual es el verdadero y cual es el imaginario. Son admirables los diálogos que mantiene con sus figuras de ficción, envueltas en un halo misterio. Responde a su pregunta con temor y angustia y sus confesiones son inesperadas, imprevisas, inquietantes y nos hacen un nudo en la garganta. Sabe graduar los suspensos para arrojarnos a la desesperación o darnos el consuelo. Es un psicólogo profundo que oculta la vida de sus títeres hasta el último acto.

Luego rompe los hilos y los arroja fuera del escenario para que se pierdan en el tiempo. Pero no se pierden, no se van del todo y dejan en nuestro espíritu semillas de melancolía, sombras y luces o cenizas de sueños”.

Campos Menéndez posee un alma lírica. Su lirismo nació en Punta Arenas y lo llevó siempre por el mundo. Está en sus cuentos, está en sus novelas, está en su vida toda, porque siempre creyó en la bondad del hombre, en la perfección del hombre, en la salvación del hombre. Fue hombre que hizo una hermosa historia con su vida y debía escribir igualmente historia. Siempre hemos pensado que en todo cuentista o novelista hay un historiador latente. Se realice o no se realice, pero existe. Un día deja las creaciones de su fantasía y se aproxima a las realidades o supuestas verdades de la historia. Claro está que corre el riesgo de descubrir que en la historia hay mucha fantasía y muchas fábulas y termina pensando con Anatole France que “sin las inexactitudes la historia sería muy aburrida”.

Y al recibirlo hoy, en el seno de la Academia Chilena de la Lengua, Enrique Campos Menéndez, se presenta en una nueva versión intelectual, como Asesor en Asuntos Culturales del actual Gobierno, afanes que ha emprendido hace tres años, con el desinterés y el entusiasmo que siempre puso en sus labores.

El confiar una tan delicada misión a un escritor es por sí sólo una expresión de confianza nacional.

La dirección de la cultura no ha merecido siempre los honores de ser puesta en manos de un escritor; a menudo se la confundió con el mero saber o con la docta afición a determinados estudios. En este caso debemos pensar que abarca un sentido más profundo y entiende la cultura de acuerdo con la definición del filósofo Max Scheller, que la califica como el camino de la inteligencia, que hace posible el ejercicio intelectual y la expansión del pensamiento.

Estamos seguros de que la contribución de Enrique Campos Menéndez dentro y fuera de la Academia será siempre cultural, contribuyendo con su ímpetu de saber y de participar lo que sabe a enriquecer el patrimonio intelectual de Chile.

